

y las gentes de Iglesia obtuvieron para los habitantes un perdón general. Esto no obstante, otros seis ruaneses fueron también decapitados.

Durante la permanencia del rey en Ruán, en el día de Pascua se reunió á los Estados de Normandía; la asamblea prometió nuevos impuestos sobre la venta de mercancías, la sal, las bebidas, con la condición de que los Estados generales los concederían igualmente. Estos debían, en efecto, reunirse poco tiempo después, hacia el 15 de abril, en Compiègne. En realidad no se vió en ellos más que á los representantes de la provincia eclesiástica de Reims: el gobierno real prefería consultar al país de Langüedoil, comarca por comarca. En nombre del rey, Arnaldo de Corbie habló de la penuria del tesoro y de las necesidades presentes; hizo entrever una intervención en Flandes; finalmente, propuso el restablecimiento de los subsidios. Los diputados de las principales ciudades prometieron solamente dar cuenta de los propósitos reales á sus conciudadanos. En todas partes se decía: «Preferimos morir antes que pagar.»

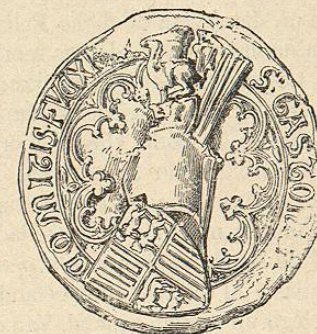
No obstante, la Normandía acabó por ceder. Una nueva asamblea de Estados de dicha provincia, reunida en Pontoise á primeros de junio de 1382, en presencia del rey tuvo que consentir la mayor parte de los subsidios ya medio prometidos. Cuando el capitán de Ruán y los burgueses de la diputación enviada á Pontoise volvieron á la ciudad, se les hizo mal recibimiento. En 1.º de agosto, en el mercado de paños, en el momento en que se instalaban los colectores encargados de cobrar el subsidio, las gentes de oficio y los aldeanos se echaron sobre su oficina y les obligaron á huir; pero el capitán real restableció el orden en seguida. Este pequeño motín servirá de pretexto para nuevas represalias.

Al volver de Ruán, el rey, que tenía necesidad de dinero, acabó de hacer la paz con la villa de París. Exigía el desarme de los parisienses y el restablecimiento de los subsidios. Estas condiciones no gustaron al pueblo bajo y fué preciso negociar. El 10 de mayo, el primer presidente del Parlamento, en representación del rey, y el abogado Juan des Marés, en representación de la ciudad, consiguieron ponerse de acuerdo. París prometió 80.000 francos, pero conservó las armas. Carlos VI no entró hasta 1.º de junio; fué bien recibido, durmió en el Louvre, y al día siguiente volvió á marchar hacia Maubuisson. Así acabó, por algún tiempo, «la gran diablura» de los parisienses.

El Mediodía estuvo tan perturbado como el Norte durante los primeros años del nuevo reinado. Carlos V, que había separado al duque de Anjou para calmar la efervescencia producida por las exacciones de dicho príncipe, había muerto sin haberle dado sucesor. El conde de Foix, Gastón Phœbus, personaje brillante, bizarro y popular, había procurado hacerse reconocer como lugarteniente del rey en Langüedoc. El país estaba aún agitado é inseguro, cuando se anunció la llegada del duque de Berri, el nuevo lugarteniente del rey en Langüedoc. Como era codicioso y duro, estallaron algunas asonadas.

En Béziers, en 8 de septiembre de 1381, los cónsules y los notables reunidos en la casa del ayuntamiento deliberaban sobre la recepción del duque. Algunos centenares de obreros, conducidos por un carpintero, invadieron

la plaza gritando: «Mueran los traidores;» derribaron las puertas é invadieron la casa del ayuntamiento. Los notables se refugiaron en la torre; los amotinados la prendieron fuego y todos los que no fueron acuchillados murieron abrasados. En los días siguientes, los revoltosos saquearon un gran número de casas. Al cabo de diez y siete días, la revuelta cesó. Pero, en 2 de noviembre, la ciudad fué ocupada por los hombres de armas del duque de Berri. Se levantó una horca en una de las puertas: en ella fueron colgados cuarenta hombres y una mujer, obreros, tejedores, zapateros; cuatro fueron decapitados. La ciudad obtuvo su perdón mediante 12.000 francos en oro. El duque de Berri hizo su entrada en Béziers en 4 de enero de 1382, y volvió en febrero para celebrar una asamblea de Estados, en la cual pidió un fo-



Sello del conde de Foix

gaje de un franco y medio por hogar. Nimes, Uzés, Narbona y también otras ciudades protestaron. En Carcasona y en el Carcassés el duque se presentó personalmente para imponer el fogaje; pero Carcasona le negó la entrada. Entonces el Carcassés fué asolado por los hombres de armas, y fueron colgados algunos de sus habitantes.

Durante este mismo tiempo se multiplicaban los *Tuchins*, merodeadores así nombrados porque se refugiaban en la *touche*, como se llamaba entonces á los matorrales, ó bien porque mataban hasta los perros. En Auvernia, los *Tuchins* habían aparecido detrás de los ingleses y de las compañías, desde fines del reinado de Juan el Bueno. Se reclutaban en la masa de la gente pobre. En Langüedoc también, los habitantes de los arrabales, los obreros reducidos á la miseria por la guerra y los impuestos empezaron á recorrer el país, tomando todo lo que se come y lo que se vende, no matando más que para defender su vida. Estaban organizados por compañías ligadas por juramento, y tenían cómplices en las ciudades; sin embargo, no consiguieron apoderarse de una sola. Nimes, Uzés, se sirvieron de ellos para abandonarlos en seguida. Algunos nobles sin casa ni hogar se unieron á los *Tuchins*; pero la nobleza del Langüedoc no pactó con esos infelices, como más tarde los habitantes de Nimes han pretendido hacerlo creer. ¿Tuvieron los *Tuchins* el odio que se les ha atribuído contra los sacerdotes? ¿Tuvieron alguna idea general, alguna hostilidad razonada contra las clases privilegiadas? Esto es muy dudoso: estaban sin trabajo y sin pan y querían comer. Y el desorden duró en todo el Langüedoc, sobre todo en los alrededores de Nimes y en el Velai, hasta 1384, á pesar de la ruda persecución de que fueron objeto los *Tuchins* á partir de 1382.

III.—Roosebeke, los últimos castigos (1)

Los disturbios habían seguido en las ciudades de Flandes. La rica burguesía hubiera querido la paz; en Brujas había vuelto a tomar la ventaja y llamado otra vez al conde; pero Gante resistía hasta el último extremo.

Los tiempos eran tan difíciles como en 1337 y se decía: «Si Jaime van Artevelde viviese, nuestras cosas se encontrarían en buen estado, tendríamos paz a nuestra voluntad.» Pedro Van den Bossche, el capitán entonces más conocido, se apercibió de que aún existía un Artevelde. Felipe van Artevelde, hijo de Jaime, era «un joven asaz prudente;» era elocuente como su padre, y había desempeñado en la ciudad algunos cargos importantes. En los últimos días de enero de 1382, Van den Bossche «fué un día a casa de dicho Felipe, que vivía con su señora madre y vivían de sus rentas muy tranquilamente.» Le propuso hacerle soberano capitán, recordándole, para decidirle, «la buena manera de su padre.» Será menester, le decía, «hacer el cruel y el altanero;» así debe obrar «un señor entre la gente del vulgo,» porque «no se debe entre ellos tomar en cuenta vidas de hombres ni tener más piedad que de las golondrinas ó de las alondras, que se cogen en su tiempo para comerlas.» Al día siguiente, estando reunido el pueblo para elegir un capitán general, Van den Bossche lanzó el nombre de Artevelde, y todos pensaron en seguida que la elección de Felipe sería la salvación. La multitud se precipitó hacia su casa. A los capitanes y a los decanos de los oficios Artevelde les recordó que su padre había pagado su abnegación con la vida; sin embargo, aceptó. Acompañado por el pueblo hasta el mercado, allí prestó juramento.

Felipe Artevelde había comprendido los consejos de Van den Bossche: los burgueses querían la paz, él los aterrorizó. En medio de un tumulto, en 26 de enero, hizo ejecutar al primer concejal, y cuatro días después, á otro jefe del partido de la sumisión. Se necesitaba dinero; el capitán general supo encontrarlo: «todos echaban mano á la bolsa, cuando era menester.» Se publicaron unas ordenanzas severas: prohibición de batirse, de blasfemar, de jugar á los dados, de formar grupos tumultuosos, bajo pena de cuarenta días de cárcel; deberán rendirse cuentas todos los meses; el pueblo por entero, pobres y ricos, podrá fiscalizar los asuntos públicos en el consejo comunal; en fin, se invitó á todos y á cada uno á reanudar el trabajo. Como el conde interceptaba el abastecimiento de la ciudad, Artevelde hizo abrir los graneros de las abadías y de los ricos hombres. Procuró, inútilmente, negociar en Tournai

(1) FUENTES.—Véanse las fuentes indicadas al principio del capítulo. Vuylsteke, *De Rekeningen der Stad Gent, 1376-1389, 1893*. *Chronique rimée des troubles de Flandre*, edición Le Glay, 1842.

OBRAS DE CONSULTA.—Kervyn de Lettenhove, *Histoire de Flandre*, III, 1847. Vanderkindere, *Le siècle des Artevelde*, 1880. Ashley, *James and Philip van Artevelde*, 1883. *Recherches à propos des batailles de Courtrai et de Rosebecque*, «Annales internationales d'histoire,» primera sección, 1901. Pirenne, *Histoire de Belgique*, II (en prensa) y *Bibliographie de l'histoire de Belgique*, segunda edición, 1901. Bourquelot, *Jean des Maris*, «Revue historique du droit français,» 1838. N. Valois, *La France et le Grand Schisme d'Occident*, I, 1896.

una reconciliación con Luis de Maele; el conde permaneció intratable. Vuelto á Gante en 29 de abril de 1382, el capitán de la ciudad anunció, al día siguiente, al pueblo, que la paz era imposible; era preciso tomar un partido ó aguardar la venganza del conde «como mártires,» ó bien ir «con la cuerda al cuello» á echarse á sus pies, ó bien, por fin, intentar sorprenderle en Brujas y vencer ó morir combatiendo.

En seguida se preparó una gran expedición contra Brujas; cinco mil hombres seguros, doscientos carromatos cargados de cañones, de armas y municiones, y solamente nueve carros de provisiones, todo lo que quedaba en la ciudad. «Dentro cinco días, decía Felipe, sabremos si viviremos con honor ó moriremos en el peligro.» En 3 de mayo el conde, sus caballeros y los burgueses de Brujas iban á estrellarse contra las trincheras construídas en campo raso por los ganteses, en medio de los matorrales de Beverhontsveld, á la vista de Brujas. Los vencedores entraron en la ciudad detrás de los fugitivos; el conde de Flandes, abandonado de todos, fué salvado por un gantés, y se refugió en la casita ahumada de una pobre anciana viuda. Al día siguiente, envuelto en una hopalanda, marchó á pie y llegó á Lilla, bien ó mal, «por bosques y caminos extraños.» Brujas fué saqueada durante tres días, y los enemigos del partido democrático perecieron á millares. En seguida Ipres, Courtrai, Cassel se sublevaron de nuevo y se armaron contra el conde. Audenarde fué la sola población que resistió al movimiento. Fuera de Flandes, en Brabante, en el país de Lieja, más lejos todavía, el pueblo de las ciudades se agitó.

El conde de Flandes recurrió entonces á su yerno, el duque de Borgoña, y éste al rey de Francia. Carlos VI se dejó arrastrar por el deseo de cabalgar á la cabeza de gente de armas; y además, ¿no era una obra piadosa combatir á los flamencos, acérrimos partidarios del papa de Roma, urbanistas, cismáticos? En realidad el duque de Borgoña confiaba, con el auxilio de las fuerzas reales, restaurar la autoridad del conde de Flandes, á quien debía heredar. Al mismo tiempo, él y los príncipes contaban castigar en la persona de los ganteses la insolencia de las gentes de oficio, quienes hacían más de un año que se atrevían á tenerles cara.

Se decidió, en consecuencia, una expedición á Flandes, no sin alguna oposición en el Consejo. El 18 de agosto el rey fué á Saint-Denis á sacar el oriflama. Los ganteses, espantados, habían escrito á Carlos VI para pedirle su mediación; se iniciaron negociaciones por Artevelde, que después se rompieron en 20 de octubre. El capitán de Gante, á ejemplo de su padre, se había dirigido al mismo tiempo al rey de Inglaterra, y de él había obtenido promesas, en las cuales creía, de alianza y de socorros.

En 18 de noviembre, el ejército real, concentrado en Lilla, se puso en movimiento; se componía de cuarenta mil hombres, entre ellos diez mil hombres de armas; los demás eran arqueros, ballesteros y asalariados genoveses. Pero los contingentes de las ciudades, por temor de secretas simpatías hacia la causa flamenca, y hasta las tropas del conde de Flandes, fueron dejados atrás. La expedición fué, antes que todo, francesa, feudal y clementina.

Llovía casi todos los días; la campiña flamenca esta-



Biblioteca nacional de Paris. — Crónicas de Froissart.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Batalla de Rosebecque.